GLORIAS ASTURIANAS

DISCURSO

PRONUNCIADO CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN

DEL

CENTRO DE ASTURIANOS

ASTURIANOS:

No necesito vuestra benevolencia: estoy seguro de vuestro respeto. Semejante al *héroe* del apólogo en que vengo cargado de reliquias, me diferencio de él, entre otras cosas (*risas*), en que no he de tomar para mí el homenaje que vais á prestar, los aplausos que vais á tributar á las gloriosas reliquias que os presento.

A mí me basta vuestra compasión; vuestra compasión, que no me puede faltar; la compasión que debe excitar en vuestros generosos pechos ver la impotencia cargada con la imposibilidad, el Atlas sobre las espaldas de un pigmeo, mi torpe palabra y débil voz encargada, por la arbitraria tiranía de una comisión caprichosa (*risas*), de cantar las inmarcesibles glorias asturianas. (*Aplausos.*)

¡Las glorias asturianas! ¿Quién las podrá

enumerar dignamente? Cuando Dios llamó á Abrahán, le dijo: *Aspice cœlum, numera stelas si potes, et descens tua, equavit eas in numero.* Una cosa análoga me ha venido á decir á mí la Comisión al señalarme por tema la rápida enumeración de las innumerables glorias asturianas. ¡Tanto valdría contar las estrellas de oro que tachonan la bóveda celeste en el azul obscuro de la noche, como contar las glorias que esmaltan y que ilustran el cielo de la historia patria (*aplausos*); el cielo, sí, porque la historia de Asturias es propiamente, por lo elevada y por lo pura, por lo esplendorosa y radiante, el cielo de la historia de España! (*Aplausos.*)

Por eso, aunque yo sólo os traigo hoy como ofrenda en este acto, mi obediencia, no puedo, por más que lo quisiera, obedecer. Me pedís la obediencia de un imposible: no se puede enumerar lo innumerable, y además, lo que no se destaca distintamente sobre un fondo obscuro y vulgar; y si glorias son, no sólo las que alcanzaron la gloria, sino también las que la merecieron, las glorias asturianas son una nebulosa por resolver, una zona de luz, una lluvia copiosa de estrellas; en realidad, una sola y no interrumpida constelación, donde todo átomo luminoso es estrella, y donde todas las estrellas forman un sol: el sol de la gloriosa epopeya asturiana. (*Grandes aplausos.*) ¡Ahí lo

tenéis! (*El orador se vuelve y señala la cruz de la «Victoria» que se destaca bajo el dosel presidencial. —Grandes aplausos.*) ¡Ahí lo tenéis! puro, esplendoroso, radiante, iluminando con su luz el cielo y derramando sus rayos de oro sobre los campos de la patria. ¡Saludadle, asturianos: es el astro de la fe, de la libertad y de la civilización españolas! (*Grandes aplausos.*)

Pero afortunadamente no hay para qué contar. Quede eso para la descarnada crónica, primer vagido de la historia, aún no salida del claustro monacal. Nosotros no somos el monje contemporáneo del guerrero que registra diariamente las hazañas que, sin cuidarse de que se escribieran, realizaban nuestros mayores. Venimos detrás, somos los *videntes del pasado.* Desde las alturas de las grandes síntesis de la filosofía de la historia, las vemos en toda la totalidad de sus efectos y consecuencias; las abarcamos en toda su transcendencia é importancia, en toda su magnitud y su grandeza; las contemplamos como á *vista de águila*, cerniéndonos majestuosos sobre los abismos del pasado, erguidos sobre las cimas del presente, adivinando los horizontes del porvenir. (*Bien.*)

Para verlas así, batid las alas de vuestro espíritu y de vuestro corazón; y si no, abandonad estos salones, dejad atrás las áridas llanuras de Castilla, las tristes montañas de León, *pa-*

sad el puerto (*risas y aplausos*), y trepad, trepad conmigo á la enriscada cumbre, á la peña blanca, esbelta, colosal, que se yergue como pirámide levantada por la mano de Dios en lo más alto de la cordillera Asturo-Cántabra, en los soberbios *Urrieles* asturianos, y desde allí, sobre las fértiles vegas por donde corren los ríos entre maizales y castaños; sobre las verdes praderas donde se apacienta el ganado y se levanta la cabaña del pastor; sobre la arbolada zona donde se guarece el Oso-Rey; más alto que la región del águila y que el abrevadero del robezo; en la desnuda y calcinada región de las calizas donde fluye solitario el manantial; con la cabeza coronada con los girones de las nieblas y los pies hundidos en las perpetuas nieves de los ventisqueros; mirando encima lucir el sol y debajo estallar la tempestad; y á nuestros pies tendido el mar, el indomable mar Cantábrico, que se despedaza y destroza contra nuestras tajadas costas... tended, tended la vista por el vasto y dilatado horizonte que ofrecen á vuestra admiración, sembrado de recuerdos y de bellezas, juntamente la naturaleza y la historia. (*Aplausos.*) Tended, tended la vista por las abruptas y escarpadas montañas de Cantabria y Asturias, que encierran el augusto y nobiliario solar de la Monarquía dentro de los límites del *Principado*; por los históricos campos de León, que conquistamos para corte de nuestros reyes; por la tierra clásica de Castilla, que guarnecimos de castillos para hacerla arena de nuestras luchas y convertirla en el hogar común español, á cuya llama acuden á calentarse todos los hijos dispersos de la gran familia española, para adorar, en una misma lengua, á un mismo Dios; por las feracísimas campiñas de Andalucía y de Valencia, arrancadas á la morisma por nuestras armas, y por encima del Mediterráneo, verdadero *mare nostrum*, saludad á Italia, la Península hermana gemela de la nuestra, que parece brotada de los mares para teatro de nuestras glorias y para campo de nuestras empresas, donde salvamos la religión, la libertad y la civilización tantas veces; y dando una mirada á las fronteras de Francia y Alemania, donde paseamos triunfante nuestro valor sobre el carro de la victoria, adivinad en el horizonte al África, á donde nos llama la voz de nuestro destino, donde tantas veces clavamos con la Cruz la bandera de nuestra patria, regándolas copiosamente con nuestra sangre.

Y si al Oriente saludáis las regiones clásicas de la antigüedad, en cuyo suelo, que guarda todavía la huella de tantos héroes, *despertamos el ferro* de nuestras armas, saludad al Occidente la virgen tierra de América, el Nuevo Mundo

surgido ante los ojos de Colón y ante la proa de las carabelas españolas, la ingrata tierra á donde tanta sangre y tantas lágrimas y tanto sudor del cuerpo y del alma hemos derramado y estamos aún dispuestos á derramar (*bravos y aplausos*) para mantener la gloria del nombre español, de aquella España que la sacó de entre las tinieblas del no sér, de entre los abismos del mar, de las garras de la barbarie y de la superstición, que la dotó con su fe, con su lengua, con lo más precioso de su sangre y con todos los frutos de su civilización. (*Grandes aplausos.*)

Y después que hayáis contemplado en toda su extensión el vasto campo de actividad de los hijos de esta Península gloriosa que dibujó el dedo de Dios cuando la formación de los continentes, levantándola entre dos mares, colocándola entre el África y Europa, entre el nuevo y el viejo mundo, como la tierra de promisión para la inteligencia y el valor, como el pedestal del genio y del heroísmo para salvar con su palabra y con su espada la fe, y como el puerto sagrado de donde surcasen perpetuamente los bajeles de la Cristiandad para llevar el Evangelio y la civilización á los climas remotos é inhospitalarios, á los pueblos que se sientan en las tinieblas, á los que viven *cabe la cuna del sol y cabe el tálamo de la aurora*, más allá

de las columnas de Hércules, últimos linderos del mundo antiguo, á todo el mundo, en fin, que *todo* lo abarcamos con la luminosa estela de nuestras *naos* y *galeras*, y *todo* lo alumbramos con *nuestro* sol, que no le valió acogerse á lo más alto de los cielos para que no le aprisionáramos también, dándole por cárcel nuestros dominios. (*Grandes aplausos.*)

Después, digo, que hayáis contemplado toda la extensión de nuestras glorias, todas las expansiones de nuestra civilización, recordad, recordad que sin aquel puñado de valerosos Astures que, capitaneados por Pelayo, mantuvieron inextincto el fuego sagrado de la patria y conservaron las reliquias de nuestra nacionalidad en los antros de la cueva de Nuestra Señora de Covadonga, cuando los hijos del Islam, lanzados al asalto de la cristiandad, se desbordaron por España, no hubieran podido tener lugar ni la gloriosa epopeya de la reconquista española ni la gloriosa odisea de la civilización americana, ni hubiéramos salvado la Cristiandad en Lepanto, ni hubiéramos puesto tan alto el nombre y el valor español en Italia, en Grecia y en Oriente, ni hubiéramos ceñido los primeros el mundo con nuestros brazos para arrodillarlo ante Dios, y España, esta España que asombró al mundo con su poder y lo maravilló con su gloria, sería hoy una pro-

longación del África, esclavizada y envilecida, un erial donde acampase una tribu nómada del desierto, una ruína habitada por chacales y beduínos (*aplausos*), y ¡quién sabe qué hubiera sido de Europa y de su civilización sin la barrera que nuestros pechos levantaron en Covadonga al poder musulmán en los días más críticos de su historia! (*Grandes aplausos.*)

Volvamos, pues, señores, agradecidos los ojos á la venerable gruta de Covadonga, así como los habitantes de las orillas del Nilo vuelven la vista prosternados hacia las lejanas montañas donde brotan las misteriosas fuentes de aquellas aguas que riegan y fertilizan las comarcas habitadas por sus hijos, y no seamos como el salvaje errante sobre los bordes de las cataratas del Niágara, que se extasía ante aquel espléndido espectáculo de la Naturaleza y enturbia desdeñoso su manantial que, allá en las cumbres, brota de las entrañas de la tierra, sin ver cuánto más maravilloso es subir hasta las regiones de la luz desde las profundidades del globo, que rodar y despeñarse después por la rápida pendiente de los abismos. (*Grandes aplausos.*)

Si, en aquellas montañas que se levantan como titanes amenazadores, escondiendo sus nevadas frentes en el cielo y bañando sus pies calzados de esmeralda en el mar; en aquellas

montañas veladas por la niebla que las oculta á las miradas codiciosas y desvanecidas de todos los orgullosos conquistadores; allí, en aquellas oquedades que las fieras convirtieron en cavernas y la religión en santuarios, allí surte purísimo el inagotable manantial de nuestra nacionalidad que brota al pie de la musgosa y enriscada peña; se desliza en arroyuelo espumoso y bullidor hasta el lago donde se reposa y se acrece; cae en vistosa catarata por la montaña; se despeña en torrente mugidor por la hoz; corre en río torrencial por el valle; se dilata en anchurosa ría por la vega y se pierde en la inmensidad del mar, llevando sobre el lomo de sus encrespadas ondas las naves adornadas con los blasones de la bandera de la patria á todas las riberas del mundo conocido. (*Aplausos.*)

Así es que, contemplando la historia desde estas alturas, se ven en las cuatro grandes crisis de nuestra historia y de nuestra independencia, aparecer la nube en el horizonte, crecer, dilatarse, estallar, asolar comarcas y regiones y venir á morir y á desvanecerse á nuestros pies, sin lograr obscurecer jamás el sol que corona con su luz el inviolable asilo de nuestras gloriosas montañas. (*Aplausos.*)

Cuatro veces en el largo transcurso de la historia aparece suscitado por la ira de Dios

el azote vengador de su justicia; cuatro veces el mundo entero mira pasar la justicia de Dios azotando y aherrojando los pueblos; cuatro veces España está á punto de desaparecer, perdiéndose en las grandes transformaciones de la historia, y cuatro veces se salva en cuanto humanamente es posible, merced al fiero valor, al heroísmo individual, al santo amor á la patria que enardece los pechos asturianos.

Y si no, asomaos conmigo á los grandes horizontes de la historia; evocad como una visión los grandes espectáculos del pasado; llamad á juicio á lo que duerme ya en los panteones del olvido, y veréis, veréis cómo en cada una de esas grandes sacudidas que la mano de Dios imprimió airada á la gran cadena de la historia, en cada uno de esos diluvios que su cólera derramó sobre los pecadores y las iniquidades del mundo, siempre exceptuó estas nevadas cumbres como el asilo de la fe, como los *santos lugares* del amor patrio, como el refugio de la esperanza y como el santuario de la redención de todos nuestros males y dolores.

¡Mirad! Allí aparecen las águilas por aquella vía labrada en la roca, y que desde el centro de la *ciudad* avanza á través de todo género de abismos y de cordilleras hasta los últimos límites del mundo antiguo; avanzan las legiones romanas; el dedo providencial del destino

las conduce... vienen á sojuzgar, á unificar y á pacificar la tierra: todo se aplasta ante la mano de hierro de su centralización y de su fuerza. Han conquistado imperios y regiones enteras en rapidísimas campañas. La antigua Grecia, la tierra de los dioses y de los héroes, es una provincia romana. Cartago, su poderosa rival, ha sido destruída. Las Galias han sido conquistadas. La Numidia los ve aparecer como una turba avasalladora... el mundo calla en su presencia. El universo se ha hecho romano. Pero he aquí que en lo alto de aquellas montañas se *desenroca el cántabro;* las alturas se coronan de fieros é invencibles astures que detienen el poder de Roma con su valor y lo asombran con su fiereza, prefiriendo emponzoñarse con el zumo mortal del tejo antes de verse prisioneros y esclavos, entonando himnos de triunfo clavados en la Cruz por la ferocidad de los conquistadores y manteniendo abierto el palenque, sin perder el campo de batalla, como el hogar de la independencia española, sin más interrupción que la necesaria para que se cierre el templo de Jano, ¡como una tregua concedida á la Providencia para que se realicen las profecías y el Hijo de Dios nazca entre nosotros en medio de la paz octaviana y universal que espera y porque suspira la humanidad, como la hora de la plenitud de los